

## II Domingo Cuaresma

Génesis 15, 5-12. 17-18 Filipenses 3, 17. 4,1 Lucas 9, 28b-36

# *“Éste es mi Hijo, el amado; escuchadlo”*

28 Febrero 2010 P. Carlos Padilla Esteban

**“CRISTO NOS TRANSFORMARÁ,  
SEGÚN EL MODELO DE SU CUERPO GLORIOSO”**

**Un minuto en la noche puede cambiar nuestra vida de golpe.** Un minuto ha sido la duración del terremoto que ha azotado Chile. Hoy rezamos por todos los que han sufrido esta desgracia, para que Dios les dé ánimo y confianza en el dolor. Los acompañamos con el corazón conmovido y suplicamos paz para ellos. Porque hoy volvemos a tomar conciencia de que nuestra vida es un don y en un solo minuto todo puede sufrir un cambio radical. Cuando la tierra tiembla se acrecienta la sensación de pequeñez, de inseguridad y de pobreza. Nuestra vida está sujeta de un fino hilo que en cualquier momento puede cortarse y poner fin a tantos planes y proyectos que llevamos en el corazón. El otro día leí a una sicóloga que decía: *“Vivimos 650.000 horas. Sirve para reflexionar si estamos viviendo la vida que queremos o estamos dejando que se nos escape”*. En un momento como éste, esta pregunta se hace más válida al ver la cercanía de la muerte.

**¿Estamos viviendo como queremos vivir? ¿Es ésta la vida que queremos, la que nos llena de alegría y esperanza?** Está en nuestras manos: *“Todos podemos elegir ser parte de la solución o parte del problema”*, continúa la sicóloga. Y como no sabemos cuántas horas nos quedan de vida, sólo tenemos la certeza de que: *“Cristo viene de nuevo para cada día”*. **Cada día es una nueva oportunidad de amanecer y entregarnos.**

**Esta pregunta mueve el corazón en este segundo domingo de Cuaresma.** Porque la promesa que Dios nos ha hecho es inmensa y a veces puede parecernos que nunca se va a hacer realidad en nuestra vida: *“En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrahán y le dijo: ‘Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes”*. Y añadió: *“Así será tu descendencia”*. La promesa de plenitud de vida, que nos hace Dios en la alianza, vuelve a resonar en los corazones. Dios nos ha prometido una descendencia inmensa, una fecundidad ilimitada. Y nosotros, torpemente, nos empeñamos en buscar la fecundidad de la tierra, el crecimiento que se nos escapa y los proyectos que quedan incumplidos. Decía **Jean Paul Sartre**: *“La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace”*. Y es por eso que queremos vivir nuestras 650.000 horas aproximadamente, si llegamos a los 75 años, poniendo el corazón en todas nuestras acciones, queriendo aquello que tenemos como camino de vida. Sin embargo, en la práctica, **¿Qué hacemos con tantas horas? ¿Cuántas de esas horas las perdemos agobiados y sin paz?** El otro día alguien me decía que eran pocas horas, que tenemos muchas cosas que hacer y no daba tiempo. Esas horas previstas, posibles, se acaban en un suspiro. Cuando nos queremos dar cuenta ya ha pasado. **La proximidad de la muerte nos hace cuestionarnos sobre la vida que llevamos, sobre cómo estamos viviendo y qué tenemos que cambiar para que nuestra vida merezca la pena.**

**Tantas horas, entonces, puede que sean suficientes, si en ellas hacemos lo que Dios quiere, sólo lo que quiere.** A veces necesitamos que Dios haga con nosotros lo mismo que hizo con Abrahán. A él lo cogió Dios del brazo, lo sacó de sus problemas pequeños y

raquílicos y le dijo: “*¿Pero no ves, hijo mío, la inmensidad del cielo? ¿No te sobrecoge el número incalculable de estrellas? ¿Qué quieres hacer con tu vida?*”. Y Abrahán, que estaba acostumbrado a la rutina de sus rebaños, a su tierra conocida y a la comodidad de sus costumbres, no lograba salir de su asombro. Él había soñado otros sueños, sus horas estaban destinadas a otros trabajos. La promesa de Dios, por el contrario, lo desborda. Dios le promete: **Una descendencia innumerable, cuando su mujer era estéril; una tierra inmensa y rica, cuando nunca había abandonado la tierra conocida; y, lo central, una profunda e íntima amistad sólo con Dios, cuando él tenía muchos dioses.**

**Hace falta mucha fe para creer y caminar de esa manera:** “*Abrahán creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo: “Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos para darte en posesión esta tierra”. El replicó: “Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla?” Respondió el Señor: “Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón”.* Abrahán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abrahán los espantaba. *Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrahán, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abrahán en estos términos: A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río Eúfrates*”. Génesis 15, 5-12. 17-18. Abrahán cree pero, en su corazón, surge la pregunta de siempre: **¿Cómo sabré yo que voy poseerla?** La duda, siempre la duda. No acabamos de entregarnos totalmente. Nos guardamos una pequeña reserva: **“Y si nada de esto fuera cierto”**. La duda que surge en la desconfianza. Con frecuencia me toca escuchar cómo para muchos la desconfianza en su vida es su gran pecado. Quieren controlarlo todo, no dejan un solo cabó por atrás y viven así en tensión continua. **Como si todo dependiera de ellos, como si Dios no tuviera nada que decir en su historia.**

**A todos nos puede pasar algo parecido. Nos obsesionamos por llegar a todo y hacerlo todo bien, perfecto.** Nos desgastamos en batallas que no llevan a ninguna parte y no disfrutamos la vida que tenemos. El otro día leí unas frases que me llenaron de esperanza. Una persona le decía a otra por escrito: **“Los trabajos pasarán, los grandes cargos pasarán, los grandes o pequeños sueldos pasarán y dentro de 75 años nadie se acordará. Lo que es eterno es la humildad, la misericordia y el amor. Eso es eterno, puede que sea anónimo, casi seguro, pero es algo que no muere ni perece. Al revés, da vida y felicidad, primero a ti y luego a los demás, que tanta necesidad tienen de escuchar la Verdad que es Cristo”**. Queremos vivir así y por eso Dios sella una alianza con nosotros. Lo hizo con Abrahán, con él selló un pacto de amistad. Porque lo primero para poder creer y avanzar es tener la amistad de Dios. Sin esa amistad no es posible fiarse. Porque el camino luego tendrá luces y sombras y no será fácil el recorrido y dudaremos. El temor será más fuerte. Porque el camino no sólo se recorre bajo la luz de innumerables estrellas, que podían hacer llevadera la decisión. La oscuridad de la noche, el sopor del sueño que cae sobre nosotros, el terror intenso y oscuro que amenaza, ponen a prueba nuestra confianza. En esos momentos sólo cabe recordar la amistad con Dios, su fidelidad eterna. En ese momento de dudas y tinieblas es más necesaria todavía la fe. El relato de la promesa de Dios, de la Alianza con su pueblo, nos muestra que la vida no siempre está llena de luz. Cuando le decimos que sí a Dios, cuando damos el salto de dejarlo todo y seguir sus pasos, no siempre habrá luz en el camino. **La promesa de plenitud incluye sombras y dudas, incluye montañas y oscuridades, incluye cruz y gloria en el Tabor.**

**Es cierto que muchas veces hay sombras en nuestra vida. Por eso es tan importante el punto de partida: la intimidad con Dios. Y la amistad surge de la elección.** Dios elige a Moisés y a tres de los discípulos. Dios nos elige para hacer realidad su promesa en nuestras vidas. Pero el inicio siempre es la amistad. Es la promesa que se realiza primero para poder caminar. Moisés pudo caminar en la oscuridad gracias a la elección de Dios,

igual que los discípulos, que experimentaron las nubes que les impedían tener el corazón en paz en lo alto del monte. **El salmo refleja el deseo del corazón que cree en Dios**, que vive en su amistad: “*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor*”. Salmo 26, 1. 7-8a. 8b-9. 13-14. Buscamos el rostro de Dios y surge la oscuridad, **no siempre encontramos sus pasos ni acabamos de entender lo que nos pide. Pero caminamos a ciegas y buscamos sin oír.**

**Dios está siempre ahí, en la luz y en la oscuridad. El camino del Tabor da luz sobre nuestra vida y nos muestra cómo hemos de vivir: como ciudadanos del cielo.** De esta forma lograremos no ser como aquellos que describe **S. Pablo**: “*Seguid mi ejemplo, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, su vergüenza. Sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos*”. Filipenses 3, 17. 4,1. S. Pablo nos invita **a ser ciudadanos del cielo**, a vivir con el corazón en Dios, queridos por el Señor, a caminar en la tierra sabiendo que todo es pasajero. La **Madre Teresa** decía: “*No somos trabajadoras sociales. Somos contemplativas en el corazón del mundo. Estamos 24 horas al día con Jesús*”<sup>1</sup>. Queremos vivir en el mundo perteneciendo al cielo. María es modelo y educadora en nuestra vida. **Ella vivió así, en Dios, en el cielo con los pies en la tierra. Y nos enseña a seguir sus pasos.**

**El camino de ascensión del Monte Tabor comienza, en realidad, ocho días antes.** Comienza cuando Jesús les habla de la su muerte y resurrección y de su segunda venida. Les habla de la separación y del reencuentro. Del abrazo final cuando Él vuelva en Gloria y majestad. Y del dolor que su separación les va a causar cuando suceda. El corazón no estaba preparado para algo así. Temían la muerte, la separación, la ruina de sus sueños y la imposibilidad de realización de la promesa. Dios es un Dios fiel y Él había hecho una alianza con ellos. Había una promesa en el aire y las palabras de Jesús amenazaban con destruirla. No estaba su corazón preparado para aceptar algo así. El final les parecía demasiado difícil, no tenían valor suficiente. Es por eso que tiene lugar la escena de hoy: “*En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos*”. La pregunta que siempre nos hacemos es la misma: **¿Por qué no se llevó a todos los discípulos, si todos tenían los mismos miedos?** **S. Ambrosio explica la predilección:** “*Subió S. Pedro porque había recibido las llaves del Reino de los cielo; S. Juan porque había de acompañar a la Madre del Salvador; y Santiago, porque había de ser el primer mártir de entre los apóstoles*”. Lo cierto es que elige a los más cercanos, a aquellos en los que va a descansar. Elige a unos pocos para salvarlos a todos. En los tres elegidos van todos, vamos todos los que muchas veces dudamos y tememos en el camino. En esos tres elegidos queremos estar hoy nosotros. Queremos experimentar la cercanía de Dios que nos muestra su amor predilecto. Esos tres elegidos tenían que mantener a los demás en la esperanza firme. La elección en el amor conlleva una misión consigo. Sin embargo, de ellos sólo Juan se mantendrá firme al pie de la cruz. Tabor y Getsemaní parecen unirse en el tiempo. Tabor no se entiende sin Getsemaní, sin el lugar de la prueba y el abandono. En el Tabor comienzan los discípulos a entender sin entender nada. **En Getsemaní tendrán que recordar que el final es la promesa, somos hijos amados y la gloria nos espera.**

<sup>1</sup> MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*, 347

**Jesús subió a lo alto de la montaña a hacer oración. Ya lo recuerda S. Teofilacto:** “*Subió al monte a orar para enseñarnos que cuando oremos debemos estar solos y elevados, no acordándonos de las cosas de la vida*”. Jesús, en oración, en el silencio del monte, se llena de luz, con los suyos, con aquellos a los que amaba. En Moisés había luz cuando salía de la tienda del encuentro, pero, en este caso, como dice S. Juan Damasceno: “*El Señor brillaba con un resplandor innato de su gloria divina*”. Cuando uno sube a la cumbre del monte Tabor, entiende la elección del Señor. Allí se respira paz y tranquilidad, allí es posible descansar en Dios. Es en ese lugar donde Jesús entra en éxtasis, podríamos decir. Es el lugar de la experiencia mística de abandono en Dios. Brillan sus vestidos con la luz de Dios, con la belleza de lo alto. Cristo transparenta su condición, es Dios. Se manifiesta su gloria, la luz de lo alto y, **en ese mismo momento, se manifiesta toda la historia de salvación, la ley y los profetas:** “*De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén*”. Y no sólo su presencia, sino su misma conversación, revelan el sentido de la vida de Cristo. Él experimenta en el Tabor el sentido de su camino. En el Jordán entendió que comenzaba su camino. **En el Tabor ve confirmada su misión y entiende hacia dónde van sus pasos.**

**Pero el corazón es débil y no sabe estar atento en los momentos claves:** “*Pedro y sus compañeros se caían del sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”*”. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. *Se asustaron al entrar en la nube*”. La debilidad del corazón humano es manifiesta. La oscuridad y la nube, hacen pensar en lo peor. Este fin de semana llegaba la llamada “*tormenta perfecta*”. Las tormentas rompen siempre la tranquilidad del alma. En la tormenta es difícil entender y encontrar paz. Lo mismo les ocurre a los discípulos que no entienden nada. Ven la gloria de Dios, quedan sobrecogidos y Pedro exclama lo que lleva en su corazón. El corazón está lleno. **S. Ireneo decía:** “*La amistad de Dios otorga la inmortalidad a quienes la aceptan. Seguir a la luz es lo mismo que quedar iluminado. La gloria del hombre consiste en perseverar y permanecer en el servicio de Dios*”. Ellos entienden que el deseo de su corazón ha sido colmado y reciben la luz de Cristo. Ellos también tienen luz. Ya no quieren más, no lo necesitan. **Ese momento quiere ser eterno. La luz le da sentido a toda la existencia.**

**La confirmación llega desde lo alto. Dios proclama la verdad sobre el hombre:** “*Una voz desde la nube decía: “Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle”*”. Cristo recibe la confirmación del amor de Dios. No es posible caminar ni vivir sin esta experiencia. La voz de Dios se nos manifiesta para que podamos vivir con paz y confianza ciega. Ya lo decía el P. **Kentenich:** “*Nuestra mayor preocupación consiste en vivir sin preocupaciones. Es decir, sin angustiarnos por lo que podría suceder, pero no por superficialidad e irresponsabilidad, sino por confianza en Dios*”<sup>2</sup>. Y esta actitud sólo es posible si recibimos en el alma esta confirmación, si Dios nos repite que somos suyos y que su amor nos bendice y levanta. Hoy mucha gente sufre y vive sin paz porque no han entendido el mensaje del amor de Dios. Porque no saben escuchar a Dios entre las nubes y en la oscuridad. Porque esa voz parece no estar dirigida a ellos. Si nos creyéramos esas palabras sería todo mucho más sencillo. Pero nos cuesta aceptar que alguien pueda querernos de forma predilecta e incondicional. **Pensamos que no merecemos el amor de Dios y nos esforzamos en un enfermizo afán perfeccionista, por comprar el amor de Dios haciéndolo todo lo mejor posible. Y cuando no resulta y caemos, pensamos que Dios nos rechaza.**

**No obstante, no es posible vivir en el Tabor para siempre. Una vez confirmado el camino, es necesario bajar del Tabor, iniciar un nuevo descenso:** “*Cuando sonó la voz, se*

---

<sup>2</sup> J. KENTENICH, Sí, Padre, 125

encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto". Lucas 9, 28b-36. El corazón se resiste a abandonar el Tabor. La soledad y la paz del monte son tan grandes que cuesta renunciar a ellas. No es nada fácil. Porque la vida sigue y es necesario caminar y volver a abrazar la cruz de cada día. Pero el corazón está hecho para lo eterno, para la vida sin fin, para el amor que no perece. El corazón no quiere descender porque en el valle los sueños parecen más lejanos y los problemas más reales y difíciles. En el llano todo ocurre con dificultad y el camino no parece despejado. **En el valle, sin embargo, al pie del monte es donde transcurre nuestra vida. En el llano se hace presente Dios para llevarnos de su mano.**

**Un texto de Juan XXIII, que me llegó el otro día, ilustra el sentido del Tabor:** "Sabrás del dolor y de la pena, de estar con muchos, pero vacío. Sabrás de la soledad de la noche y de la longitud de los días. Sabrás de la espera sin paz y de aguardar con miedo. Sabrás que ya es tarde y casi siempre imposible. Sabrás que eres tú el que siempre da y sientes que pocas veces te toca recibir. Sabrás que a menudo piensas distinto y tal vez no te entiendan. Pero sabrás también: Que el dolor redime. Que la soledad cura. Que la fe agranda. Que la esperanza sostiene. Que la humildad ennoblecce. Que la perseverancia templia. Que el perdón fortalece. Que el Amor dignifica... Porque lo único que verdaderamente vale, es aquello que está dentro de ti, y por encima de todo está Dios; sólo tienes que descubrirlo y así hallaras la verdadera Paz". Y es que la escena del Tabor que contemplamos es la escena de nuestra misma vida. Es el lugar en el que se encuentra el alma pobre, que vive en el dolor, y ese Dios que nos ama con locura y nos elige para vivir con Él en alianza eterna. Es el lugar de la promesa renovada, de una amistad, una tierra y una descendencia. Es el lugar en el que el dolor es calmado y las heridas sanadas. En el Tabor muchas cosas cobran sentido y quedamos fortalecidos, porque Dios nos confirma que nos ama. **Por eso es necesario volver continuamente al lugar de la luz verdadera, para poder, de esta forma, seguir el camino.**

**El Tabor nos hace pensar sobre nuestra vida. ¿Acaso no hay momentos de Tabor en nuestra historia en los que hemos descubierto a Cristo vivo?** Esos momentos de luz, esos instantes que deseábamos que fueran eternos, nos han llenado de esperanza y de vida. **¿No tenemos momentos así?** Puede ser que pensemos que no, que nuestra vida es gris y en ella no ha habido tantas luces. Puede ser que la memoria nos falle y no nos devuelva nítidos esos recuerdos. Aún así, el Tabor nos invita a buscar a Dios en nuestra vida, a suplicar momentos de Tabor que nos recuerden el motivo de nuestro caminar. Pero para ello, debemos retirarnos a la montaña, subir a lo alto. Ya nos lo dice el P. Kentenich: "Para encontrar a Jesús hay que vencer en nosotros la tendencia a la masificación, buscar la soledad y abrazarla como una gran comunión de dos"<sup>3</sup>. Sólo es posible en el monte, en la soledad, que Cristo se manifieste en su Gloria en nuestra vida; que nos muestre su luz, que nos permita soñar y confiar llenos de esperanza. Hoy suplicamos la luz. Hoy pedimos que Dios nos deje decir con frecuencia en nuestro corazón: "¡Qué bien estamos aquí, hagamos tres tiendas!" Es el deseo del alma que no se conforma con la mezquindad y la rutina, que no se acostumbra al barro y sueña con el cielo. Es la confianza del que no quiere una vida perfecta, tal como la entendemos muchas veces, sino una vida plena en la que Cristo venza siempre en nuestra pobreza. En ese espíritu renovado queremos hoy descender el Tabor y volver a nuestra vida. Hoy le suplicamos a Dios **que nos enseñe a vivir cada momento como un don, cada día como una oportunidad nueva de darnos por entero, allí donde Dios quiere que seamos santos.**

---

<sup>3</sup> J. KENTENICH, *Cristo es mi vida*, 64